

## El abrazo

Hoy he dormido bien. Debo llevar más de veinte jornadas de Camino desde que salí de Saint-Jean Pied-de-Port. La verdad es que he perdido la cuenta, pero todos estos días he necesitado pastillas para dormir. Pensaba que caminar horas y horas, subir cuevas y cargar con la mochila sería suficiente para caer rendida en la cama por las noches. Y realmente así era. Cuando apagaban la luz en los albergues mi cuerpo hacía rato que había dicho basta. Había días que literalmente no me podía mover y otros en los que me dolía todo el cuerpo. Reconozco que lo buscaba. Había etapas en las que hacía más kilómetros de los que podía soportar intentando que el cansancio apagara ese ronroneo en mi cabeza, pero no lo conseguía. Mis articulaciones se quejaban, tenía agujetas en sitios donde no sabía que hubiera músculos y, aun así, no podía apagar mi cabeza. Las pastillas me producían una especie de letargo del que despertaba sobresaltada al más mínimo ruido. Bastaba con que alguien empezara a roncar o se levantara al baño para abrir los ojos de par en par y se me acelerara el pulso. En un par de ocasiones el hospitalero tuvo que venir porque empecé a gritar a algo que debían ser alucinaciones o pesadillas, quién sabe. Alguna vez se me ha pasado por la cabeza aumentar la dosis por mi cuenta, pero sé que es peligroso. Si se me va la mano, no me despierto más y mi ex no se lo merece. No va a acabar conmigo de esa forma.

Anoche, por primera vez, decidí no tomarme las pastillas. No fue una decisión meditada. Simplemente me dejé llevar por el entorno. En estos días de Camino he conocido todo tipo de gente. Los peregrinos, en general, son amables. Te saludan y a veces te preguntan cómo estás cuando te ven sentada sola a la sombra. Les devuelvo el saludo y les digo que estoy bien, pero hasta ahí. Me fastidia mucho que me den conversación. He salido al Camino a tomarme unos días para pensar, como una especie de paréntesis entre mi vida antigua y la nueva, que no sé cómo será, pero que desde luego no tendrá nada que ver con la anterior y no tengo ninguna gana de dar detalles. Ni de dónde soy, ni dónde he empezado el Camino y mucho menos hablarles de que me acabo de divorciar del hombre más odioso del país.

Al menos estoy aquí para contarlo. En la Asociación de Mujeres Maltratadas tienen colgados algunos retratos de chicas que no lo pueden contar. Menos mal que pedí ayuda a tiempo. La psicóloga me habló del Camino de Santiago como un lugar para pensar qué quiero hacer con mi vida. Sé que lo hizo con buena intención, pero para pensar necesitas descansar y tener la cabeza en su sitio. No puede ser que cuando me cruce con un peregrino que se parezca en el andar a mi ex me entren ganas de esconderme. Ya no tengo moratones en el cuerpo. Esos se van pronto. Los que tengo en mi memoria los llevo grabados a fuego. De hecho, recelo de todos los hombres. El otro día se acercó un peregrino a preguntarme si necesitaba algo y a punto estuve de echarle en los ojos el gas pimienta que llevo en el bolsillo del pantalón solamente porque tenía la barba recortada como mi ex. Mi amiga María dice que debo aprender a distinguir, que no todos los hombres son iguales. Quizás lleve razón, pero me he prometido a mí misma que ningún hombre volverá a tocarme jamás.

En todos estos días he estado en muchos albergues y he conocido a muchos hospitaleros. A más de uno he cortado en seco cuando se ha acercado a preguntarme por qué estoy haciendo el Camino. Intentan ser amables, pero no tienen que meterse donde no les llaman. En cambio, en este albergue noté algo diferente desde que entré. Cuando el tipo me tomó los datos me dijo que el albergue funcionaba con donativos. Saqué el monedero y empecé a rebuscar monedas. Sinceramente no estoy bien de dinero y creo que el hospitalero se dio cuenta de que tardaba en decidirme más de lo necesario. Entonces, con una sonrisa, me dijo que no hacía falta que diera nada y que pasara al albergue. Era austero, pero estaba limpio y, de algún modo, era distinto a los demás. No era muy grande y poco a poco se fue llenando de peregrinos. Muchos extranjeros, hablando lenguas diferentes, pero a todos ellos el hospitalero les regalaba la misma sonrisa. Cuando pasó la hora de la siesta yo estaba sentada sola en la puerta del albergue mirando cómo conversaban otros peregrinos. El hombre salió y pidió voluntarios para preparar la cena. No me lo pidió directamente, pero me miró con la misma sonrisa acogedora con que me recibió a la entrada. No fui, pero al rato pensé que al menos esta vez nadie volcaría en el suelo la ensalada por no estar bien aliñada y nadie me tiraría a

la cara el plato de sopa por estar demasiado caliente. Además, me sentía en deuda por estar utilizando unas instalaciones sin haber aportado ningún donativo. Así que me levanté y fui a la cocina.

- En rodajas finas.

Fue lo único que me dijo el hospitalero cuando me enseñó una fuente de tomates y puso un cuchillo en mi mano. Tardé unos segundos en reaccionar y darme cuenta de que verme en una cocina delante de un hombre con un cuchillo en la mano era una situación completamente normal. Allí había más gente preparando macarrones y ensalada y no había nadie de quien defenderse. Tras esos momentos de búsqueda interior empecé a realizar mi cometido en silencio.

La cena estuvo bien. Incluso reconozco que algunas de las anécdotas que se contaron me arrancaron las primeras sonrisas en mucho tiempo, pero lo mejor vino después. Al terminar la cena y recoger la mesa el hospitalero nos invitó a salir del albergue, bajo las estrellas. Un par de peregrinos belgas decidieron ir a dormir, pero yo tuve curiosidad y también salí. Hacía una temperatura agradable y nos sentamos en círculo. El hospitalero encendió una vela y se la dio al peregrino que estaba a su derecha para que nos la fuéramos pasando y nos invitó a que cuando nos llegara, si nos apetecía, compartiéramos un ruego, una reflexión o simplemente expresáramos lo que sentíamos en ese momento. Yo, por supuesto, decidí no decir nada, incluso pensé en dejar mi sitio e irme a dormir antes de que la vela me llegara, pero el testimonio del primer peregrino me gustó y decidí quedarme. El hombre dijo que estaba haciendo el Camino por su madre, que había fallecido recientemente. Reconocía que discutían mucho, pero daba gracias porque se daba cuenta de que sus valores y gran parte de lo que era actualmente se lo debía a ella. Su historia no era nada excepcional, pero me sorprendió ver a un hombre que no tenía reparo en expresar el cariño que sentía por una mujer, en este caso su madre. Me quedé a escuchar a otros peregrinos. Cada uno contaba una historia o simplemente mantenía la vela entre las manos unos segundos mientras que el resto de peregrinos respetaba su silencio. Algunos pedían por la salud de un familiar o expresaban su deseo de que el Camino les ayudara a crecer, pero había historias

sobrecogedoras que me hicieron pensar que debía cambiar mi forma de ver la vida y que en lugar de sentirme desgraciada por todo lo que no había tenido, debía sentirme afortunada por tener la capacidad de volver a empezar de nuevo. Cuando llegó mi turno me quedé en silencio, pero en mi corazón di gracias por estar viviendo la experiencia del Camino y de haber entrado en este albergue. Cuando terminó la ronda, el hospitalero nos dio las buenas noches y nos fuimos al dormitorio. Ahí fue cuando decidí que no me tomaría las pastillas.

He dormido de un tirón y el ronroneo de mi cabeza parece haberme dado una tregua. He guardado mi saco y he recogido mi mochila. Al salir del dormitorio he visto que el hospitalero había preparado café y un sencillo desayuno.

- No puedes salir de aquí con el estómago vacío.

En ese momento me acordé de que no había depositado nada en la hucha y me sentí abrumada por tanta amabilidad. A decir verdad, no recordaba que ningún hombre hubiera sido amable conmigo en los últimos veinte años. Me senté a tomar algo cuando el corazón me dio un vuelco.

Los peregrinos más madrugadores lavaban las tazas y platos que habían usado, se colgaban la mochila a la espalda y se dirigían a la puerta. Allí estaba el hospitalero, con su eterna sonrisa. A cada peregrino le decía una palabra de ánimo y les ofrecía un abrazo.

El pulso se me aceleró y sentí que algo se me rompía aquí dentro. Me sentía agradecida por todo lo que ese hombre había hecho por mí, por su hospitalidad, por su acogida y porque la ceremonia de la vela había sido de las mejores experiencias de mi vida, pero era eso, un hombre. Me había prometido a mí misma que nunca un hombre volvería a tocarme y el hospitalero estaba repartiendo abrazos. Demoré mi desayuno todo lo que pude, pero pronto entendí que no podía retrasar mi marcha eternamente. Limpié mi taza y mi plato y fui al dormitorio a recoger mi mochila. Al volver el hospitalero seguía junto a la puerta con una sonrisa.

- Muchas gracias por todo –dije–.

- Buen Camino, peregrina.

En ese momento sentí que mis músculos se tensaban y creo que el hombre se dio cuenta.

- ¿Puedo darte un abrazo? –preguntó-.

Miré al suelo como una tonta y asentí con la cabeza. Me abrazó con una ternura infinita, como no recordaba que nunca nadie me hubiera abrazado. Noté el bote de gas pimienta en el bolsillo y, por primera vez, no tuve ganas de usarlo al sentir un hombre cerca.

- Buen Camino –repitió el hospitalero cuando nos separamos-.

Por alguna extraña razón pensé que ese deseo de *Buen Camino*, no era solo para los kilómetros que quedaban hasta Santiago, sino para el resto de mi vida.

Apenas salí del pueblo, tomé un desvío que me apartaba de la vista de los peregrinos y me senté a llorar junto a un arroyo. Lloré con furia, con rabia y con las lágrimas sentí que parte de mi rencor se diluía. Lloré hasta que se me secaron los ojos y cuando no pude llorar más me sentí mucho mejor. Esperé a que se me serenara el pulso y al rato saqué mi neceser para tratar de recomponerme un poco. El espejito que llevo me devolvió una nueva imagen de mí misma. Tenía los ojos hinchados, pero una pequeña sonrisa empezaba a dibujarse en mis labios.

Me despedí del arroyo. La psicóloga estaba en lo cierto, la experiencia de Camino me estaba ayudando a poner en orden las ideas. Me colgué la mochila a la espalda. Parecía más liviana. Me acordé de mi amiga María y sonreí. Cuando la vea tengo que decirle que lleva razón. No todos los hombres son iguales. Simplemente, debo aprender a distinguir. El sol despuntaba en una mañana clara. Me ajusté los correajes, volví al sendero y comencé a avanzar con paso firme en el Camino de mi vida.

*Nuño del Brezo*